

LIBERALISMO: UN TEMA ACTUAL (II y final)

Por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ.

V

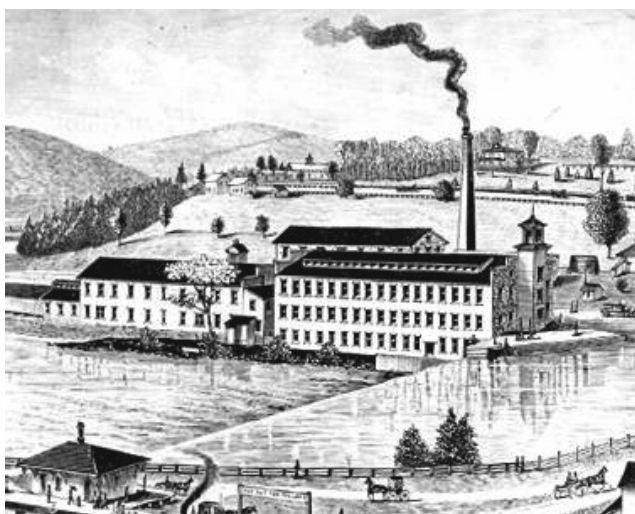
No sin obstáculos los liberales fueron consolidando sus posiciones y consiguieron introducir en muchas mentes, como si fuera un dogma, su ideología. Esta doctrina, que aspira a ser visión global, absoluta e inmanente, ve al hombre como un ser aislado y lo presenta como un sujeto histórico único frente a un mundo material del que debe sacar el máximo de provecho; con el “propósito” de salvaguardar la integridad de su libertad niega la dependencia del hombre respecto a Dios y como consecuencia introduce variaciones decisivas en el modo de entender cómo actúa la persona. En este empeño toma como punto de partida la negación de que existen determinados tipos de condicionamientos, normas, pautas o leyes, y establece la libertad absoluta en beneficio individual, aunque esto implique la aniquilación de los más débiles, como la única norma establecida por la naturaleza humana.

Reduce la libertad a un puro y constante sentimiento de autonomía. Concibe el civismo como el deber con la comunidad sólo para hacer posible el desarrollo económico. Propone basar las relaciones económicas en la inhibición de la ley. Defiende la libertad de mercado y la competencia – por supuesto, sin condicionamientos éticos y legales- como las fuerzas autorregeneradoras de la Naturaleza y para ello reclaman un número de libertades justas, como son: la libertad empresarial y de comercio, la libertad de elección profesional y de desplazamiento de la mano de obra, la libertad contractual y la transmisión de herencia, y el derecho a la propiedad privada, también justo, pero cuestionable en cuanto a la aspiración liberal de que sea un derecho ilimitado del dueño sin condicionamientos de ningún tipo.

Sostiene –en su materialismo- que la libertad del hombre deriva de la propiedad, que la persona logra ser libre únicamente cuando es propietaria de bienes. Con la propuesta de un mercado y una propiedad privada por encima de la ley quiere colocar a toda la sociedad a merced de los intereses y poderes de un empresariado que pretende ser la conciencia colectiva y el máximo orientador del Estado. Confunde en gran medida la naturaleza con el mercado, la democracia con la competencia y al ciudadano con el consumidor; y en este error -excluyendo a los trabajadores- presenta a los empresarios y a los comerciantes como los únicos gestores y creadores de la riqueza, y asegura – cuajando los conceptos de “lucha y dictadura de clases”- que por esta razón el sector empresarial es el que posee la legitimidad necesaria para actuar en el Estado y en el gobierno, para conducir la sociedad civil y darle sus leyes. Hasta tal punto considera este criterio, que ve posible la paz mundial sólo a partir de los vínculos económicos, garantizados por los sabios negociantes capaces de crear lazos supranacionales, y asegura que cualquier otra vía que procure obtener todo esto es mera fantasía. Como consecuencia distingue entre ciudadano activo (el que considera capacitado y/o rico) y pasivo (el pobre o ignorante).

Establece el sistema constitucional, en el que garantiza a todos sus derechos individuales, pero obvia derechos sociales e importantes derechos políticos, otorgando, en la práctica, estos últimos sólo a los que considera ciudadanos activos. Concibe la Carta Magna como un conjunto pequeño y sintetizado de principios, redactados cuidadosamente para que puedan justificar cualquier norma legal, acuerdo o decisión política, según convenga a los intereses de los que más influencia logren en cada momento, sin sujeción a nada, y en su criterio más radical sostiene que el texto constitucional no debe recoger los derechos de la persona que se compromete a garantizar, que debe dejarlos a la libre interpretación de los hombres.

Establece -con justicia, aunque no estaba contemplado desde el inicio- el pluralismo político, pero lo confunde en gran medida con el relativismo. Universalizó el sufragio, pero opinan algunos investigadores que con ello, más que ampliar las formas de participación general en la política, buscaba fundamentalmente una mayor libertad individual en correspondencia al pluralismo político que había aceptado. Con estas referencias sobre los cambios que trajo el liberalismo al participar fuertemente en el control político y al apoderarse de muchas mentes, queda claro que aportó elementos positivos, pero también que en muchos casos estos padecen de carencias y errores. Su agnosticismo militante condicionó negativamente la antropología liberal, y por tanto el criterio de esta doctrina en relación con el hombre y la sociedad, la libertad y la ética, la justicia y la democracia, el valor de las tradiciones y el rol de la Iglesia, hasta el punto que todavía en la segunda mitad del siglo XIX, liberalismo y democracia no sólo eran formas políticas distintas, sino que se consideraban contrapuestas. Para los liberales, la palabra democracia era un insulto y venía a significar poco menos que una demagogia para los tiempos actuales.



“Confunde, en gran medida, la naturaleza con el mercado, la democracia con la competencia y al ciudadano con el consumidor; y en este error –en el cual se excluye a los trabajadores- presenta a los empresarios y a los comerciantes como los únicos gestores y creadores de la riqueza”. En la gráfica: industria manufacturera, siglo XIX.

En cuanto a la democracia, como consecuencia de faltas y equívocos, no ha dejado de batallarse en el mundo para lograrla. Ella no es el conjunto de garantías y espacios que ofrece el liberalismo, es mucho más, aún cuando algunos pretenden, gracias a las libertades que defiende, identificar liberalismo y democracia. La confusión entre ambos conceptos, pese a las diferencias, es relativamente fácil, dadas las cercanías doctrinales en materias como la existencia de los derechos individuales, el reconocimiento a los derechos de ciudadanía, el sufragio universal, el constitucionalismo, la separación de las funciones del poder del Estado, el reconocimiento del derecho a la propiedad privada y a la existencia del mercado, entre otras. La democracia, sin embargo, considera inalienables también los derechos sociales y políticos, no restringe los criterios de aplicabilidad de la soberanía del pueblo y del consecuente ejercicio de la ciudadanía, piensa

que el derecho al sufragio universal se realiza si además es posible un control constante del pueblo a sus representantes, enarbola el constitucionalismo, pero con una doctrina más completa. También afirma la necesidad de separar las funciones del Estado en poderes diferentes, pero se empeña en procurar la colaboración entre estos. Defiende el derecho de asociación –aceptado, no desde el inicio, por los liberales- como la forma natural del hombre para lograr participar y controlar la vida social. Y opina que el derecho a la propiedad privada debe tener un compromiso social y que el mercado ha de existir, pero regulado por la ética erigida en ley, entre otras diferencias.

Durante una etapa histórica no fueron pocos los liberales que comenzaron a aceptar elementos, para ellos discrepantes, de una doctrina democrática que parecía ascender constantemente, pero desde hace algún tiempo, estos han pasado de la defensa y aceptación a la ofensiva. Han podido hacerlo gracias al poder del dinero, al desconocimiento doctrinal y a la carencia de cultura política, a que las contiendas cívicas en pro de un ejercicio más efectivo de la soberanía ciudadana no han tenido todo el éxito necesario, debido a la incapacidad un tanto política y otro tanto moral de muchos actores de la democracia y al fracaso de las revoluciones que intentando enmendar y completar la doctrina y la práctica democrática consiguieron lo contrario cuando sustituyeron una ideológica individualista y materialista práctica por otra también materialista, pero ahora filosófica y colectivista. Estos últimos, al defender los derechos sociales, pero en perjuicio de los individuales y

mantener además restricciones a los derechos políticos, confundiendo el ejercicio de la ciudadanía con el activismo ideológico, quisieron eliminar las injusticias de un mercado sin reglas y de una propiedad privada ilimitada. Y para ello reconocieron sólo el derecho a una economía basada en una pretendida propiedad colectiva y abstracta, dirigida centralmente por un Estado, incapaz de promover el entusiasmo, la iniciativa personal y el crecimiento de la riqueza. Sustituyeron al Estado ineficiente por débil y excesivamente pequeño por un Estado también ineficiente pero ahora por estar hipertrofiado, cuando se empeñaron en excluir del poder al empresariado, para instalar únicamente a los que pretendían representar al proletariado.

VI

Ya en la década de los 80s, del siglo XX, el liberalismo volvió a ocupar la hegemonía ideológica y práctica en la sociedad mundial. Esta vez, aprovechando la crisis de la democracia, con la pretensión de constituirse en doctrina única, global y absoluta. Para lograrlo, algunos están dispuestos a no permitir competencia política. Muchos se sienten convencidos de que cualquier otra opción es satánica, y que la participación social de todo aquel que no sea un mentor de los dogmas liberales, o un hombre que ha logrado formar, con éxito, actitudes de empresario y poseer las finanzas suficientes para participar en la vida económica con criterios solamente especulativos, es incapaz y dañina. El liberalismo, hoy, pretende reducir la democracia a las libertades que él está dispuesto a garantizar y a la autoridad incuestionable y excluyente de los que poseen el poder económico. Y de todo esto nos dan testimonio dos libros publicados en el año de clausura del siglo XX. Ambos pertenecen a importantes ideólogos del liberalismo más reciente: Carlos Alberto Montaner, Plinio Apuleyo Mendoza y Álvaro Vargas Llosa. El primero de estos volúmenes es *Fabricantes de miseria* (1998), especie de continuación o segunda parte del controvertido ensayo *Manual del perfecto idiota latinoamericano* (1997), igualmente de estos tres autores y con prologo del notable novelista peruano Mario Vargas Llosa, también ideólogo del liberalismo. El segundo texto es *Libertad: clave de la prosperidad II* (1995) de Carlos Alberto Montaner. Ambas propuestas, al referirse a todo el abanico de la sociedad y de la política nos dicen:

1) “Entre los fabricantes de miseria, probablemente de los más perniciosos -y los mejores intencionados-, sean algunos miembros de la estructura religiosa católica. Y la razón de esta dañina potencialidad radica en la capacidad que tienen como maestros de jóvenes y como orientadores de la opinión pública, (...) la *Doctrina Social de la Iglesia* está llena de errores e incongruencias”.

2) “El espíritu de confrontación, las continuas amenazas de paro, la manera como las minorías sindicales drenan sin piedad los recursos de las empresas, y en especial las del sector público que no tienen doliente, colocan sin remedio a este *sindicalismo* voraz entre los fabricantes de miseria al lado del Estado”.

3) “Desde hace por los menos tres mil años, el *intelectual* va por la vida como un ser superior. Platón creía que la facultad intelectual otorgaba un don de mando sobre los demás y proponía coronar a sus escogidos. Para Aristóteles la contemplación intelectual era la actividad más estimable. En la Edad Media, al intelectual se le llamaba clérigo, en parte porque lo era y en parte porque la inteligencia parecía indisoluble de la teología, la actividad suprema. Cuando la razón coló las narices por entre la cota de malla de la teología y el derecho divino, los intelectuales fundaron la edad moderna. Nadie se acordó de los comerciantes y los burgos, que habían desarmado, en la práctica, el muñeco medieval. Desde entonces, todos los sistemas políticos y económicos han



“En el siglo XXI, comienzo del tercer milenio, momento en que muchos creíamos -hace algún tiempo- que la democracia viviría un proceso irreversible de consolidación, esta parece sufrir una crisis; muchos cuestionan hasta su credibilidad, y el liberalismo ha contribuido a ello”.(Parlamento Europeo, Estrasburgo, Francia)

prometido la salvación en la Tierra con razones suministradas por el intelectual, ese clérigo moderno. En algo, Platón acertó: estamos ante un bicho de cuidado. Para él, había que cuidarlo bien. Para nosotros, hay que cuidarse de él porque su capacidad de convocatoria y su influencia en la sociedad pueden convertirlo en un peligroso fabricante de miseria”.

4) “La *universidad*, a fin de cuentas, es uno de los más poderosos elementos en la configuración de la visión que sobre sí misma tiene las sociedades modernas. Un alto porcentaje de lo que luego será “la clase dirigente” pasa por sus aulas y allí recoge un modo de interpretar los problemas y unas fórmulas para solucionarlos. De donde puede deducirse que cuando ese esquema analítico es erróneo, las consecuencias suelen ser lamentables. Y esto es, exactamente, lo que sucede con la mayor parte de nuestros grandes centros universitarios”.

5) “Ser *político* (...) es ser un payaso de bofetada”. “Tradicionalmente los *partidos* han reducido a siete sus objetivos principales (...) Y lo cierto es que para llevar a cabo adecuadamente esas tareas acaso no sea necesario contar con organizaciones de masas ni con legiones de militantes aguerridos, sino tal vez baste con la existencia de “cuadros” capaces, tener claras las ideas, saber comunicarlas con eficacia, adoptar una conducta coherente con los valores que se defienden”.

6) Refiriéndose a la reforma social y del Estado y a la gestión de gobierno, asegura el autor del segundo libro: “dentro de ese conglomerado que es la sociedad civil, ningún estamento posee más legitimidad para actuar que el *sector empresarial*. Al fin y al cabo, es en las empresas de bienes y servicios, en la industria y en el comercio, donde únicamente se origina riqueza”.



Estas citas son suficientes para comprender cuánto les estorban los condicionamientos morales de la Iglesia, las demandas de la sociedad civil, las exigencias de los trabajadores, las razones de los intelectuales que no coincidan con su lógica de especulación financiera sin condicionamientos de ningún tipo, los políticos incluyentes, la sociedad política y en especial los programas partidistas que no se reduzcan a ofrecer apoyo privilegiado al sector empresarial, y nos dejan claro que para ellos, este sector -el empresarial- es el único con capacidad y nobleza para conducir la sociedad, razón por la cual debe ocupar un lugar privilegiado dentro de la estructura social.

Es preocupante que algunos de estos pro-empresarios, con una mentalidad y un espíritu elitistas y excluyentes, aprovechando demagógicamente la inseguridad y la corrupción pública, la delincuencia y el vandalismo, los sentimientos antisemitas y en contra de la emigración, el relativismo en muchos medios de comunicaciones y los contenidos negativos de la globalización, provocados por la ausencia de Dios y el materialismo, por la insuficiente autoridad de un Estado sin fuerza -responsabilidad, en gran medida, del propio auge de los criterios liberales-, se empeñan en desacreditar la democracia y promueven un "neofascismo", que comenzó a tomar fuerza en la década de los 80s.

Esta nueva versión de esa postura política que llevó al mundo a una guerra mundial devastadora, propone ahora un Estado fuerte que debe aspirar a controlar y revertir este deterioro, y para esto los ideólogos del liberalismo publicitan que el gobierno ha de garantizar al máximo la ausencia de normas para el quehacer económico, y que esto debe hacerse, precisamente, a través de un conjunto de regulaciones que posibiliten la primacía social del empresariado, de modo que la sociedad civil y la política no puedan pretender regular y arbitrar el mercado ni tampoco poner límites a determinadas actitudes del empresariado. Y para lograrlo están dispuestos, expresamente, a conculcar –a cualquier precio- la garantía de muchos derechos sociales y políticos, pues esta es la única manera de mantener inalterable, una vez logrado, el *establishment* que anhelan, y, a su vez, retribuir con el “orden y la tranquilidad” a aquellos que les entreguen el poder absoluto.

Entre los exponentes de esta corriente política nueva, y en ascenso, tenemos a Jorg Haider en Austria; a Humberto Bossi; al asesinado Pim Fortuny, líder del Partido Popular Holandés; al Partido Popular en Dinamarca; en Gran Bretaña, al British National Party y a Le Pen, líder del Frente Nacional Francés, entre otros. Muchos de sus seguidores gestionan ya la integración, en Europa, de estas fuerzas, que están presentes también, y con alguna pujanza, en Estados Unidos y en muchas partes del mundo. No son una cantidad insignificante los seguidores convencidos de esta doctrina y no son pocos los que, en un momento determinado, le pueden dar irresponsablemente su apoyo, ante la inseguridad en que viven, a modo de “voto de castigo”, o sea, en una especie de venganza contra una política actual que se les presenta corrompida y sin principios.

En el siglo XXI, comienzo del tercer milenio, momento en que muchos creíamos -hace algún tiempo- que la democracia viviría un proceso irreversible de consolidación, esta parece sufrir una crisis; muchos cuestionan hasta su credibilidad, y el liberalismo ha contribuido a ello. No obstante, ocurren, a su vez, acontecimientos positivos, que han comenzado por atenuar muchas de las pretensiones negativas de esta ideología política y muy bien pueden llegar a enrumbar el mundo hacia un orden más humano, si las reservas democráticas de cada nación y del mundo entero, logran asumir, con la capacidad necesaria, el reto político del momento presente.